Nº 528 / CIU 33

Año 1º. Santiago, Juéves 20 de Noviembre de 1845. Núm. 242.

EL PROGRESO.

EL PROGRESO.

Santiago, noviembre 20 de 1845.

CAMARAS LEJISLATIVAS.

No es nuestra intencion ciertamente ocuparnos de ellas i de sus mociones como cuerpo existente, puesto que dias a se ai an en receso; ni ménos queremos enumerar de nuevo nos trabajos de todo el año, cuya utilidad i trascendencia nadie niega. Lo único que nos proponemos aora es, decir nosotros tambien dos palabras sobre la cuestion que debatió con tanto brillo la Redaccion anterior, i que medio an levantado nuevamente en dias pasados el *Orden* i la *Gaceta*; esto mismo no de ningun modo por espíritu literario, sino porque deseámos poner al frente nuestra fe política toda entera i sin rebozo, para los dias en que nos sea preciso juzgar por ella, no queriendo acerlo jamas por otra, los sucesos a que dé lugar la crisis electoral. Respetamos para todas las opiniones constitucionales, no podemos ménos de confesar que este respeto no nos lleva nunca a sujetar las nuestras ni a los que revisten el prestijio de los nombres de sus partidarios, ni tampoco a los que se atraen aplausos necios a fuerza solo de exajerar las cosas. El periodista, para nosotros, no es un escritor de teorías, mas o ménos lucidas, sino un aplicador escrupuloso de lo que es factible, no verdadero comentador de los echos, que no ablo sino con ellos a la vista.

¿Qé son, pues, para comenzar de lleno las Cámaras en todo sistema representativo? ¿Son el poder soberano, único, dominador, o no son mas que un poder subalterno del Estado, que como los otros, está subordinado a esa ficcion que se designa con la palabra Estado, cuando se quiere ablar del cuerpo, o Gobierno, cuando se quiere aludir especialmente a su administracion? No se ocurra, para responderlos, ni a epopeyas envejecidas, ni a las elucubraciones fantásticas de filósofos que an escrito para muchos siglos despues, si es que an escrito para la humanidad; porque en este caso, nosotros tambien declararíamos que tenemos ídolo, como ellos, que adoramos en secreto i que no les va en zaga probablemente. Una convencion única, suprema, numerosa i de la que los demas poderes sociales no sean sino brazos que se muevan a su voz ecálica: e al nuestro sucede mas querido, i la única ipótesis gubernativa que tiene qizá la virtud de asaltarnos sin que pliegue nuestros labios al momento una sonrisa de desconfianza o amargura. Pero ¿este sueño es posible, no decimos en América, en Europa siquiera? No, absolutamente; i para convencerse de ello no ai mas que recordar un echo elocuente que ablo todavía. Nos referimos a la revolucion francesa del año 89, que aun despues de medio siglo, no se a sentido capaz de reproducir la Convencion de feliz memoria, i despues de la cual todo a ido a parar otra vez en el sistema representativo como lo esplicaba Benjamin Constant i ántes que él la escuela doctrinaria de Inglaterra.

Dejemos entónces a un lado todas esas teorías que no son aora aquí mas que sueños deliciosos: nuestro objeto presente no debe ser preparar la humanidad a destinos mas altos (somos mui pigmeos para esta obra de jigantes); sino simplemente tratar de la rotacion administrativa que imprimen al cuerpo social los diferentes poderes constitucionales en que se divide la unidad del Estado bajo el sistema representativo, i que a la par de las demas naciones civilizadas forma oi igualmente nuestra manera de existir. Aora bien; ¿qé es lo que nos dice esta rotacion, no solo en nuestro país, sino en todos los paises donde se vive bajo la égida de instituciones parecidas? ¿Qé es, en otros términos, lo que ella reclama imperiosamente de sus directores para que los resortes envejecidos no se cubran de mó o salten en pedazos? La armonía mas compacta sin duda ninguna, es la respuesta jeneral; armonía que a su vez es ija de la solidaridad de medios e intenciones entre el cuerpo deliberante, el Ejecutivo, i sobre todo de los dos primeros. Esta respuesta se presenta por sí misma tan evidente, que no necesita, a nuestro juicio, de la ayuda de ningun raciocinio. Pero no es lo mismo en cuanto al modo de obtener esa armonía. Unos la an creido síntoma de muerte, otros de órden i libertad, segun los medios porque se alcanzó. ¿De qé parte a estado la razon? Lo decimos con toda umildad, pero injenuamente: en nuestro sentir, de ninguna; porque la creemos dividida en porciones iguales. Tanto los unos como los otros an confundido en el calor de la refriega el modo con la esencia de las cosas, i de aquí a resultado que las dos teorías an aparecido jonta que los demas poderes sociales no sean sino brazos que se muevan a su voz ecálica: e al nuestro sucede mas querido, i la única ipótesis gubernativa que tiene qizá la virtud de asaltarnos sin que pliegue nuestros labios al momento una sonrisa de desconfianza o amargura. Pero ¿este sueño es posible, no decimos en América, en Europa siquiera? No, absolutamente; i para convencerse de ello no ai mas que recordar un echo elocuente que ablo todavía. Nos referimos a la revolucion francesa del año 89, que aun despues de medio siglo, no se a sentido capaz de reproducir la Convencion de feliz memoria, i despues de la cual todo a ido a parar otra vez en el sistema representativo como lo esplicaba Benjamin Constant i ántes que él la escuela doctrinaria de Inglaterra.

Dejemos entónces a un lado todas esas teorías que no son aora aquí mas que sueños deliciosos: nuestro objeto presente no debe ser preparar la humanidad a destinos mas altos (somos mui pigmeos para esta obra de jigantes); sino simplemente tratar de la rotacion administrativa que imprimen al cuerpo social los diferentes poderes constitucionales en que se divide la unidad del Estado bajo el sistema representativo, i que a la par de las demas naciones civilizadas forma oi igualmente nuestra manera de existir. Aora bien; ¿qé es lo que nos dice esta rotacion, no solo en nuestro país, sino en todos los paises donde se vive bajo la égida de instituciones parecidas? ¿Qé es, en otros términos, lo que ella reclama imperiosamente de sus directores para que los resortes envejecidos no se cubran de mó o salten en pedazos? La armonía mas compacta sin duda ninguna, es la respuesta jeneral; armonía que a su vez es ija de la solidaridad de medios e intenciones entre el cuerpo deliberante, el Ejecutivo, i sobre todo de los dos primeros. Esta respuesta se presenta por sí misma tan evidente, que no necesita, a nuestro juicio, de la ayuda de ningun raciocinio. Pero no es lo mismo en cuanto al modo de obtener esa armonía. Unos la an creido síntoma de muerte, otros de órden i libertad, segun los medios porque se alcanzó. ¿De qé parte a estado la razon? Lo decimos con toda umildad, pero injenuamente: en nuestro sentir, de ninguna; porque la creemos dividida en porciones iguales. Tanto los unos como los otros an confundido en el calor de la refriega el modo con la esencia de las cosas, i de aquí a resultado que las dos teorías an aparecido jontamente con colores desfavorables, segun el aspecto bajo el cual se las a contemplado. Los que an buscado la armonía por el modo de obtenerla, an sido tenidos con razon por demagogos, o propaladores de la demagojia, inocentes qizá, pero no por eso ménos errados. Los segundos; es decir, los que an querido la armonía a toda costa, mirando desdeñosamente el modo, con tal que al fin resultase, nos an parecido por el contrario, extraviados en un camino que por lo comun es mas provechoso para los amaestos que para los francos amantes de la libertad. Nosotros, pues, uniéndonos de uno i otro estremo, juzgando fácil mantenerlos entre los dos, con solo remontar a la base lejítima de nuestra forma de Gobierno, que al mismo tiempo que la armonía, exije un modo adecuado de establecerla i continuarla.

Las mayorías son, como se sabe, las que deciden, en el sistema de las representaciones, del personal del Lejislador i del Ejecutivo, i esta del Judicial, si no en la esencia, como sucede con los otros, al ménos en la manera de proceder i, juzgar. Pero estas mayorías a su turno, ¿qé son? ¿Un capricho de los gobernantes, o bien de los pueblos? De los segundos, sin la ménor duda tambien es la respuesta jeneral sea justo o injusto, retrógrado o civilizador el costado de la balanza que ellos acen decidir; siempre es a ellos en nuestra forma de Gobierno a quienes se debe la causa orijinaria de todo movimiento; i no solo orijinaria, sino tambien perpétua, por cuanto ellos mismos vuelven de tiempo en tiempo a entrar en el ejercicio de los derechos, que delegaron solo temporalmente. Las Cámaras, pues, como el Ejecutivo, son siempre en las repúblicas obra indisputable de las mayorías. Qe estas sean buenas o malas, es otra controversia mui distinta que no debemos mezclar aquí por temor de introducir la confusion en lo que es tan importante mostrar bien claro.

Si las Cámaras, pues, i el Ejecutivo tienen entre nosotros por la naturaleza misma de las cosas, un orijen simétrico ¿no es un absurdo entónces pretender Cámaras *independientes* en el sentido violento que da la Oposicion a esta palabra? La *independencia* para, ella segun entendemos, sería la colision, i esto para nosotros sería el infierno, poco mas o ménos. I no se crea que exajerámos. La Redaccion pasada demostró ya, i en caso necesario sería fácil demostrarlo segunda vez, que la Representacion nacional no puede ménos, atendido nuestro atraso intelectual, que reclutar entre pocas cabezas privilejiadas, sin escluir a los empleados, i esta no sabríamos cómo esplicarnos la esclusion que la Constitucion ace del clero, sino fuera que el clero no es lo que va mas adelante en nuestra sociedad. Esta demostracion práctica que nadie negó entonces, nos da, a nuestro modo de ver, la medida, de lo que podemos acer en este sentido, i aun de la independencia de organizacion para las Cámaras que es asequible con nuestros recursos. En último análisis resulta que, a ménos de querer violentar los elementos de sociabilidad moderna que an ido acumulando poco a poco despues del dia de nuestra emancipacion, no puede existir entre nosotros por aora, ni *independencia esencial* sin que aya invasion al momento de desórden i guerra civil, ni siquiera una *independencia orgánica* completa i vasta, por la escasez comenda de ombres. E aquí lo que significa, o por lo ménos, cómo acepta mos finalmente las palabras de nuestros colegas: *satélites* del Ejecutivo, o *erkuras* del Ejecutivo, que tanto dan que decir a la *Gaceta*. Debémos sin embargo, confesar de paso que la segunda palabra nos parece mas propia para inducir en error, que la primera. Las Cámaras i el Ejecutivo no son verdaderamente *erkuras* sino de las mayorías; pero como es siempre la misma mayoría lo que eleva uno i otro poder casi simultáneamente i por la misma temporalidad, el echo final que se observa es, que las Cámaras son un compañero, un *satélite* del Ejecutivo: pero echo, en suma, no derecho. Las veces *erkuras* i *satélites* serán, si se quiere, espresiones desmedidas, caso de mirarlas por el prisma inexorable de los principios, pero ningunas si entretanto mas exactas para descifrar el echo real i positivo, que existe i que conviene que existe; por lo mismo que no puede ménos de existir. La fatalidad en política es una razon como cualquiera otra que a venido a tomar en nuestros tiempos con mas justicia el lugar que ántes ocupaba la antigua *razon de los reyes*.

(Continuará.)

SECCION CORRESPONDENCIA.

¡DONDE SE ABRIGA LA SENSIBILIDAD!

A los que pueden dudar de la benéfica influencia que sobre los individuos, como sobre las sociedades ejerce la religion cristiana, rejeneradora i angusta,

FOLLETIN.

LOS TRES MOSQUETEROS,

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(Traducido para el PROGRESO.)

CAPITULO XXII.

El baile de la Marlesion

(Continuacion.)

Su Majestad, vestido de ceremonia, venia acompañado de S. A. R. del Conde de Soissons, del jeneral Pesar, del duque de Longueville, del duque de Elbeuf, del conde de Harcourt, del conde de la Roche-Guyon, de M. Liancour, de M. de Rendan, del conde de Cramail, y del caballero de Forveray.

Todos notaron que el rey venia triste y preocupado.

Se habia preparado un gabinete para el rey y otro para Monsieur, y en cada uno de estos gabinetes habia vestidos de máscaras. Este traje se habia hecho con la reina y señora Presidenta. Las señoras y damas del séquito de Sus Majestades debian vestirse de dos en dos en piezas separadas al efecto.

Antes de entrar al gabinete, el rey recomendó que le avisasen luego que llegara el Cardenal.

Media hora despues de la llegada del rey, retumbaron nuevas aclamaciones, que anunciaron la de la reina: los Ballesteros hicieron lo mismo que ántes, y precedidos de los mismos sargentos, salieron al encuentro de su ilustre convidada.

La reina entró a la sala, y tambien se notó por todos que venia, como el rey, triste, y sobre todo fatigada.

En el momento que entró, se abrió la cortina de una tribuna que hasta entónces habia permanecido cerrada, y se vió aparecer por entre ella la cabeza pálida del Cardenal vestido como caballero español. Sus ojos se fijaron en los de la reina, y una sonrisa de gozo terrible pasó por encima de sus labios: la reina no se habia puesto las agujetas de diamantes.

La reina tardó algun tiempo en recibir los cumplimientos de los señores de la ciudad, y en corresponder a los saludos de las damas.

De repente apareció el rey con el Cardenal por una de las puertas de la sala. El Cardenal le hablaba despacio, y el rey estaba muy pálido.

El rey atravesó por entre la multitud, y se acercó a la reina con los cordones casi desabrochados de su casaca, y le dijo con voz alterada:

—¿Querrais decirme, señora, porqué no os habeis puesto las agujetas de diamantes que tanto os habria gustado veros, como sabeis?

La reina echó una mirada al rededor suyo, y vió detras del rey al Cardenal que se sonreia con sonrisa diabólica.

—Sir, respondió la reina con voz conmovida, temí que no fuese a perderlas en medio de tanta jente.

—Pues habeis hecho igual, señora! porque si yo os las regalé, fue para que os atrevieses con ellas: os repito que habeis hecho mal.

Y la voz del rey temblaba de cólera: todos miraban, y cuchichean con asombro, sin comprender nada de lo que estaba pasando.

—Sir, dijo la reina, puedo mandarlas buscar al Louvre, donde están, y así quedarán cumplidos los deseos de Vuestra Majestad.

—Bueno, señora, mandalas; pero que sea pronto, porque dentro de una hora va a comenzar el baile.

La reina saludó en señal de sumision, y siguió a las damas que debian conducirla a su gabinete.

Por su parte el rey se fue tambien al suyo.

Entonces hubo en la sala un momento de duda y confusion.

No habia quien no hubiese notado que habia pasado algo entre el rey y la reina; pero hablaron ántes tan despacio, que como todos se abrieron algunos pasos por respeto, nadie oyó nada. Los violines tocaban a mas no poder, pero nadie atendia.

Fue el rey quien salió primero de su gabinete con vestido de caza de los mas elegantes, seguido de Monsieur y demas señores vestidos como él. Esta era la vestimenta que sentaba mejor al rey, al punto de parecer así el primer jentil-hombre del reino.

El Cardenal se acercó al rey y le entregó una caja. El rey la abrió y encontró dentro dos agujetas de diamantes.

—¿Qué significa esto? preguntó al Cardenal.

—Nada, respondió este, solo sí, en caso de precisar la reina sus agujetas, lo que dudo mucho, debeis contarlas. Sir, y si no le encontrais mas que diez, sería bueno que le preguntaseis por ellas a Su Majestad.

El rey miró al Cardenal como para interrogarlo; pero no tuvo tiempo de dirijirle ninguna pregunta, porque al mismo tiempo prorrumpieron todas las bocas en un grito de admiracion. Si el rey parecia el primer jentil-hombre del reino, la reina era a no dudarlo la mujer mas hermosa de Francia.

Es cierto que sus vestidos de cazadora le sentaban prodijiosamente: traia un sombrerito con plumas azules, una bata de terciopelo color de perla gris con presillas de diamantes, y una basquiña de seda azul tambien toda bordada de plata. Encima de su hombro izquierdo centellaban las agujetas sostenidas por un nudo del mismo color que las plumas y basquiña.

El rey se estremeció de gozo y el Cardenal de cólera: aunque estaban distantes, sin embargo, de la reina, no podian contar las agujetas: era evidente que la reina las tenia, pero ¿eran diez o doce?

En este momento los violines dieron la señal del baile. El rey se adelantó hácia la señora Presidenta, con la que debia bailar, y S. A. con la reina. Pusiéronse en el lugar correspondiente, y el baile comenzó.

El rey llegaba cada figura frente de la reina, y cada vez que pasaba cerca devoraba con sus miradas las agujetas, cuyo número no podia contar. Entretanto, un sudor frio cortaba la frente del Cardenal.

El baile duró una hora, porque constaba de diez y seis intermedios.

Concluido el baile en medio de los aplausos de toda la sala, cada uno volvió a conducir la dama a su puesto; pero el rey se aprovechó del privilejio que tenia de dejar la suya donde se hallaba, para encaminarse con viveza hácia la reina.

—Muchas gracias, señora, le dijo, por la deferencia que habeis mostrado en ejecutar mis deseos, pero me parece que os faltan dos agujetas, y aquí os las traigo.

Diciendo estas palabras, entró a la reina las dos agujetas que el Cardenal le habia entregado.

—Cómo, Sir! exclamó la reina, haciéndose la sorprendida ¿pues qué quereis decirme con eso? Ya tengo catorce.

Efectivamente, el rey contó, y Su Majestad tenia las doce agujetas.

El rey llamó al Cardenal:

—Y bien, qué significa esto, señor Cardenal? le preguntó el rey con tono severo.

—Significa, Sir, respondió el Cardenal, que yo deseaba hacer acordar por Su Majestad las dos agujetas, y como no me atrevia a ofrecérselas yo mismo, ahorro este medio.

—Y le agradezco tanto mas a Vuestra Eminencia, respondió Ana de Austria con cierta sonrisa que probaba que no la engañaba esta injeniosa galantería, cuanto que estoy cierta de que estas agujetas os daban rabia tan cerca los dos señores, como las doce an pedido estar a Su Majestad.

Y saludando despues al rey y al Cardenal, tomó el camino de la pieza donde se habia vestido, y donde debia vestirse.

La atencion que nos hemos visto forzados a dar durante el principio de este capítulo a los ilustres personajes que hemos introducido en él, nos ha hecho olvidar por un instante de la persona a quien Ana de Austria debia el triunfo inaudito que acababa de obtener sobre el Cardenal, y que confundido, ignorado, perdido entre la multitud atentamente en una de las puertas, estaba pensando desde allí esta escena comprensible solo para cuatro individuos, el rey, la reina, Su Eminencia y él.

La reina ya estaba dentro de su pieza, y d'Artagnan se aprontaba a retirarse, cuando sintió que le tocaban despacito el hombro; se dió vuelta, y vió a una joven que le hacia señas de que la siguiese. Esta jóven tenia la cara tapada con una careta de terciopelo negro, pero apesar de ese, junto preconcierto, que mas se leyó tomado, por otra parte a causa de los otros que de él, reconoció en el instante mismo a su guia ordinaria, a la ligera y espiritual Mlle. Bonacieux.